

6. EL BUEN SAMARITANO

Introducción. La parábola del «buen samaritano» (Lc 10,30-35), es un relato en el que Jesús describe y quiere mostrar cómo se actúa y se vive en el reino de Dios. El buen samaritano es, en esencia, un buen contemplativo, la primera virtud es su capacidad para ver al malherido y ser sensible al sufrimiento de los demás. Jesús no se da por satisfecho con una lectura legalista de la Ley. Ver lo que hay, es el primer paso sin el que no podría darse ningún otro paso más. ¿Por qué no vemos lo que pasa?, ¿Por qué nos vemos sólo a nosotros mismos? Porque vivimos bajo una fuerte presión por el rendimiento. Nos han enseñado que somos y valemos en la medida en que producimos y poseemos. Producir y poseer nos tiene tan ocupados que no vemos lo que hay a nuestro alrededor. Si nuestra oración silenciosa no nos ayuda a ver el mundo y a los hermanos es que no es una oración verdadera. Cuidar la interioridad y la espiritualidad no nos aleja de nuestros hermanos y ni nos aleja del mundo, al revés, nos introduce más profundamente en él. Los cristianos que hoy interpretamos la parábola no nos damos por satisfechos con escucharla y buscamos en el relato el sentido más profundo del «haz tú lo mismo». ¿Realmente vemos lo que hay a nuestro alrededor? Si no nos entregamos a lo que hay, no podremos verlo. La visión viene de la entrega, puesto que entregarse es meterse dentro de lo que hay.

Lo que Dios nos dice. *«Pero el maestro de la ley, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?». Respondió Jesús diciendo: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó a donde estaba él y, al verlo, se compadeció, y acercándose, le vendó las heridas, echándole aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré cuando vuelva”. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?». Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo» (Lc 10,29-37).*

Lo más grande del samaritano no es su responsabilidad moral, su delicadeza al socorrer a un desconocido. Lo más grande es que tenía su corazón en su sitio y que, por eso, vio y se conmovió. Que fue verdaderamente humano. Y es que cuanto más humanos somos, más divinos nos volvemos. Y entonces hace el gesto mínimo e inmenso de aproximarse al hombre caído. Cuando otros lo han esquivado, sin dejar que les hiciera mella dejarlo atrás, él se siente afectado por el herido y responsable de su desamparo. La urgencia de tender la mano al que lo necesita pospone todos sus proyectos e interrumpe su itinerario. La inquietud por la vida amenazada del otro predomina sobre sus propios planes y hace emerger lo mejor de su humanidad: un yo desembarazado de sí mismo. Es un extranjero al que ningún parentesco ni solidaridad étnica obligaba a atender a otro, pero que se ha detenido a socorrerle; es un viajero que ha descendido de su cabalgadura, ha cambiado su itinerario y se ha arrodillado junto a otro hombre; es un cismático que, sin embargo, se ha comportado como el guardián de su hermano y en el mandamiento: **«No matarás»** ha leído: **«Harás cualquier cosa para que viva el otro»**. En su gesto de derramar aparece la «marca» de las costumbres y recomendaciones del propio Jesús. Abrámonos a una espiritualidad de la intemperie, a soportar la perplejidad sin poneros a la defensiva, arriesgados a desaprender muchas viejas prácticas y a reaprender la práctica silenciosa del amor concreto, porque será eso, lo que hará resplandecer vuestra vida.

Cómo podemos vivirlo. Pongamos más interés en descubrir necesidades, que en conservar costumbres. En inventar respuestas más que en repetir fórmulas, traigamos a casa las cuestiones fundamentales que habitan en la gente: la vida, la muerte, el amor, la verdad, la paz, el futuro de la tierra. No ofrezcamos respuestas estándar que han sobrepasado ya su fecha de caducidad ni nos dejemos paralizar por el desánimo: precisamente porque las cosas se han agravado tanto, está permitida la esperanza. Jerusalén es el paraíso, Jericó, el mundo; el hombre que baja de Jerusalén a Jericó es Adán, y su «caída en manos de bandidos» es el pecado original; el samaritano es Cristo; la montura sobre la que el samaritano carga al apaleado viandante es el cuerpo terreno de Cristo; el albergue al cual Cristo lleva al hombre caído es la Iglesia; el posadero es el apóstol Pablo; el aceite y el vino con los que es ungido el herido indican los sacramentos; los dos denarios que el samaritano da al posadero son el Antiguo y el Nuevo Testamento; y el anunciado regreso del samaritano es la segunda venida de Cristo.